

*¿Y si tuvieras
todo el tiempo del
mundo y no fuera
suficiente?*

NEREA RIESCO TEMPUS



NEREA RIESCO

Tempus

minotauro

Primera edición: junio de 2014

© Nerea Riesco, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0206-3

Depósito legal: B. 11.196-2014

Fotocomposición: gama, sl

Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Leonard Green fue consciente en ese mismo instante de que estaba a punto de morir. El habitual gesto sereno del sucesor de Stephen Hawking en la cátedra de profesor lucasiano de la Universidad de Cambridge había desaparecido. Su rostro era el de un niño asustado. Se aferraba a la esperanza de que alguien se hubiera quedado a trabajar hasta tarde y que los descubrieran antes de que aquella mujer le arrancase la vida.

Hacía ya mucho tiempo que se dedicaba plenamente a la investigación, pero el honor de dirigir esta cátedra que en otros tiempos ocupó el mismísimo Isaac Newton le exigía estar disponible dos horas semanales para resolver las dudas de los alumnos. Ahora se arrepentía de haber elegido las solitarias tardes de los viernes para las tutorías. A esas horas los pasillos de Cambridge eran un desierto. Por si fuese poco, su despacho quedaba bastante alejado del resto, algo que él mismo había solicitado. Su carácter reservado se volvía en su contra.

Internamente se recriminó no haber sospechado de ella. Mujeres como esa no eran de las que reparaban en aburridos profesores. Su extraña belleza tenía la cualidad de perturbar los sentidos. No parecía pertenecer a la raza humana, como si el material del que estaba hecha no tuviese nada que ver con la vulgar sustancia orgánica que conformaba al resto de los mortales. Tenía la piel intensamente blanca, del aspecto del alabastro. Eso podría hacer pensar que su tacto era frío, sin embargo su cuerpo trans-

mitía un calor vibrante del que era difícil escapar. Se podía distinguir, en los lugares más recónditos de su anatomía, el recorrido verdoso de las venas y el rosado de las partes más íntimas. Parecía que las ingratas etapas del desarrollo humano habían sido amables con ella, que su piel no había sufrido la tiranía del acné adolescente, del vello rebelde que había que eliminar a golpe de cera o de láser, de los olores corporales que tenían que disimularse con perfumes y aceites. Pero lo más llamativo de su anatomía no era su perfecta envoltura de bebé recién nacido, sino ese cabello rojo sangre que se desmoronaba como llamaradas hipnóticas sobre sus hombros de marfil. Aquella mujer había aparecido en su vida de pronto, como por arte de magia. El profesor Green llevaba tanto tiempo sumergido en la abismal tristeza que supuso la dramática muerte de su esposa que la llegada de Liz fue la constatación de que la existencia continuaba, de que el mundo aún era capaz de depararle gratas sorpresas.

En cambio, a su hija Daniela nunca le gustó. La muchacha fue incapaz de mirarla a la cara el día que la invitó a cenar para que se conocieran. Él pensó que se trataba de celos. A fin de cuentas siempre estuvo muy unida a su madre. Seguramente le costaría aceptar que rehiciese su vida con una nueva mujer.

Pero no... No. Justo en ese momento se daba cuenta de que no tendría que haberla dejado entrar en su casa, en su vida, en su despacho. En realidad no la conocía en absoluto: ni su apellido, ni su origen, ni su pasado. Sus encuentros siempre fueron furtivos y desesperados, como el que se lanza sobre un vaso de agua para saciar la sed acumulada en la travesía del desierto. Se decía a sí mismo que eso era normal. Los primeros momentos de una relación siempre estaban dominados por la pasión y el deseo.

—Tengo que verte esta tarde —le dijo con su voz de pantera desde el otro lado del teléfono cuando lo llamó aquella mañana—. Es urgente.

—Tengo una tutoría con un alumno en el despacho. Será mejor que nos veamos mañana.

—Es muy urgente —insistió.

Pese a que no solía actuar de ese modo, Leonard canceló la cita con su alumno.

Ella llegó a las siete en punto de la tarde. Entró en el despacho sin llamar a la puerta. Sin saludarlo siquiera, caminó a su encuentro, rodeó la mesa, giró ligeramente la silla, se sentó a horcajadas sobre él y lo besó apasionadamente en los labios. El profesor se sintió incómodo. Pese a que en los últimos tiempos se había dejado arrastrar por el ímpetu de esa mujer, aquel era su lugar de trabajo y no le parecía correcto actuar de esa forma. No era propio de él. No era su estilo. Era de los que pensaba que había un lugar para cada cosa y ese, sin duda, no era el lugar.

Con la mayor de las delicadezas, la apartó y se puso de pie.

—¿Te apetece un té? —le preguntó, intentando aligerar la incómoda situación.

En la mirada de ella pareció asomar un destello de rabia, pero en seguida cambió el gesto y sonrió.

—Sí, gracias.

Leonard Green le dio la espalda. En el aparador tenía un hervidor de agua y una caja de madera de cedro con diferentes tipos de infusiones. Le gustaba ofrecer té con pastas a los alumnos en sus tutorías. Dio la vuelta a dos tazas que había sobre una bandeja y puso en su interior sendos saquitos de Earl Grey. Justo en el momento en el que iba a preguntarle si quería azúcar, notó un pinchazo en el cuello. Una intensa sensación de quemazón le recorrió las venas. Después, la oscuridad.

Cuando despertó estaba sentado en su sillón, con las manos y los pies atados. Tenía los ojos terrosos y tuvo que parpadear cuatro veces antes de poder centrar la mirada. Lo primero que vio fue una jeringuilla sobre la mesa del despacho. Junto a ella, un pequeño frasco medio vacío en el que aún se apreciaban los restos de un líquido lechoso. En la etiqueta se leía Propofol. El profesor Green no sabía mucho de medicamentos, pero el nombre de aquella sustancia se había repetido hasta la saciedad en los medios de comunicación. Se trataba del anestésico intravenoso que sacó del mundo al rey del pop.

Levantó la cabeza. Liz estaba frente a él de pie, con el retrato de su hija Daniela entre las manos, sonriendo burlona.

—La vida ha sido muy cruel con vosotros, ¿verdad? —dijo en un susurro mientras se le acercaba despacio.

—No entiendo nada. ¿Qué te ocurre? No... no me gustan estos juegos...

Leonard observó su caminar felino. Iba vestida con cazadora y pantalones de cuero negro que marcaban ostensiblemente sus curvas. Los ojos verdes de Liz se clavaron en los suyos. Cuando llegó a su altura lo sujetó por la barbilla, enfrentándolo a su mirada.

—Es absolutamente inútil que intentes resistirte. ¿Crees que este secreto puede guardarse durante más tiempo? Antes o después lo conseguiremos. No seas ridículo. No merece la pena morir por algo así. ¿Dónde está? —El tono de voz de Liz era casi erótico. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento acariciándole el rostro.

—No soy más que un profesor. No sé de qué secreto me hablas... Yo...

Llena de furia, apretó los labios, se apartó de golpe y dio un manotazo sobre la mesa del despacho. Sus dientes blancos mordieron con rabia el labio inferior.

—¡Basta! —gritó—. Si continúas con esa terquedad ella sufrirá.

Seguía sujetando con fuerza la foto de Daniela.

—¡No le hagas daño! Te lo ruego. Solo tiene diecisiete años. Está empezando a vivir. Ella es inocente. No tiene nada que ver con esto.

—¿Con «esto»? —repitió con sarcasmo—. Parece que ya recuerdas de qué estamos hablando. ¿Crees que me conmueve la edad de tu hija? Qué poco me conoces, Leonard.

Tenía razón, no la conocía en absoluto. Nunca le hizo preguntas, ni él tampoco se preguntaba por qué no las hacía. Se decía a sí mismo que todo llegaría cuando tuviera que llegar, que se trataba de una situación momentánea, hasta que Daniela acepta-

se a Liz como la persona que lo hacía feliz; entonces se molestaría en conocer los gustos de aquella mujer hipnótica: sus aficiones, sus anhelos, lo que la hacía reír o llorar. Pero, si era sincero consigo mismo, quizá no había hecho preguntas porque realmente no era capaz de imaginar un escenario en el que Liz formase parte de la familia.

—¿Hay algo que tenga más valor para ti que tu hija?

—No —susurró él con la cabeza agachada.

Liz dulcificó la voz, adoptando un tono casi maternal. Le acarició el rostro con ternura.

—Si accedes a darnos lo que te estoy pidiendo, Daniela no sufrirá ningún daño, te lo aseguro. Desapareceremos para siempre de tu vida... y de la de ella —continuó—. Será como si nada de esto hubiera pasado. Podemos hacerlo.

—Si accedo a daros lo que me estás pidiendo, también podréis hacer muchas otras cosas —musitó él con resignación.

Leonard permaneció en silencio. ¿De qué serviría salvar a Daniela si dejaba a la humanidad en peligro? ¿Qué podría suceder si ese secreto caía en manos inadecuadas? Eso sentenciaba su destino, el de su hija y el del resto de la humanidad. Como si la mujer pudiera leer su pensamiento, con un rápido movimiento se llevó la mano a la cadera. Del bolsillo trasero de sus pantalones de cuero sacó una navaja con empuñadura de nácar. El brillo metálico distrajo al profesor, que se quedó paralizado mirando el filo, como esos cervatillos deslumbrados por los focos de un coche en medio de la carretera. Por un momento le pareció que todo aquello le era ajeno, que no le estaba ocurriendo realmente. Quizá se tratase de un sueño, o quizá de otra realidad paralela a la suya que podría abandonar en el momento en que lo considerase necesario. Deseó con vehemencia que así fuera, pero ese terrible escenario no cambió. Liz se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello de la camisa. Sintió la presión del metal en su vientre mientras ella lo atraía hacia sí.

—¡Dámelo ya!

No tenía sentido seguir resistiéndose. Era un estudioso, un

científico, un profesor, un hombre que había dedicado toda su vida a la investigación. Todo aquello le quedaba grande. No tenía madera de héroe.

—Está en la caja fuerte —dijo con voz entrecortada, señalando con el mentón la pared en donde colgaba una litografía con *La nuit étoilée* de Vincent Van Gogh.

Liz se dio la vuelta y descolgó el cuadro. Tras él se escondía una puerta de hierro pintada en color gris perla. Tenía una rueda junto a unos números del uno al nueve bajo una pequeña pantalla digital.

—La combinación —reclamó con ojos de hielo.

A Leonard le pareció increíble que esos mismos ojos lo hubieran mirado con fuego unos días antes.

—Uno, seis, ocho, cinco. El año en el que se formuló la ley de la gravitación universal.

Ella se echó a reír.

—Debí imaginar algo así —susurró.

Marcó los números despacio, asegurándose de que cada uno de ellos aparecía en la pantalla. Una vez introducidos, pulsó la tecla de apertura, dio la vuelta a la manecilla y la puerta se abrió. Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro. En la caja únicamente había un sobre con un papel en su interior. Liz lo desdobló ansiosa. En él estaba escrita una fórmula.

—¿Es esto? —preguntó perpleja, como si ella misma estuviese sorprendida de que esa sucesión de números y letras griegas elevadas al cuadrado, multiplicadas y divididas pudiesen levantar semejante revuelo.

—Es eso —aseguró él con desprecio—. Una fórmula, sí. ¿Qué esperabas?

Por primera vez el profesor Leonard Green parecía tener en su poder las riendas de la situación. Para ella todo eso no tenía sentido. Se limitaba a seguir órdenes, solo era el brazo ejecutor. Liz no sabía lo que esperaba encontrar en la caja fuerte, no se había parado a pensarlo. Bien podría ser eso, como una llave, como un mapa del tesoro con una equis en el centro. Tendría

que confiar en la palabra de aquel hombre, y hacía mucho tiempo que había dejado de confiar en la palabra de los hombres.

—¿Alguien más conoce esta fórmula?

El profesor intentó sonar convincente.

—Nadie. Yo soy el único.

Liz introdujo el papel en el bolsillo trasero de su pantalón y suspiró. Tenía que seguir confiando en que le decía la verdad, y eso la hacía sentirse vulnerable. Aún tenía la navaja en la mano. De pronto sus ojos se posaron en la fotografía de Daniela. La aferró, mirándola con deseo.

—Es muy bonita —dijo despacio, saboreando las palabras.

—Por favor —suplicó Leonard—. Has prometido dejarla en paz.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Su cabello se onduló como las olas de aquel mar que los pescadores de Taiji tiñeron con la sangre derramada de cientos de delfines. El profesor lo había visto por televisión y tuvo que controlar una arcada. Lo mismo le sucedía en ese momento. Quizá se tratase de los efectos secundarios del Propofol, o quizá era cierto que del amor al odio había solo un leve paso y esa mujer, en ese momento, le provocaba náuseas. Liz lanzó una carcajada seca que no armonizaba con su aspecto juvenil. Parecía la risa de una anciana. Como si hubiese podido escuchar el descortés pensamiento de Leonard, cambió de gesto. Un rictus endureció sus rasgos.

—¿De verdad lo he prometido? —preguntó furibunda.

—Sí —susurró él, seguro ya de que el final estaba cerca.

—Mentí.

Un brillo animal se reflejó en los ojos de Liz. Con una fuerza inhumana se lanzó sobre el profesor Leonard Green empuñando la navaja. Se colocó detrás de él, lo sujetó por la frente y le echó la cabeza hacia atrás. De un tajo certero, le rebanó el cuello.

Las notas de *L'Inconstanza Delusa* reverberaban por las paredes del elegante ático dúplex propiedad de Richard Chanfray. Sus dedos delgados pulsaban las teclas del añoso piano con la misma delicadeza con la que una libélula se posaría sobre la superficie de un lago. Suave, despacio, apenas una caricia. Tenía los ojos cerrados, de esa forma podía sentir la melodía como si fuese nueva, igual al instante en el que la compuso. La música era una de las pocas cosas que aún lo conmovían, todo lo demás le resultaba indiferente. Hacía tiempo que la vida había perdido el color, el sabor, el olor. De nada le servía rodearse de obras de arte: esculturas de damas regordetas conjuradas por artistas de moda, pinturas en las que lo único que se distinguía con claridad eran un círculo color naranja y un triángulo negro con el desconcertante título de *Niño con pájaro*, sillas de diseño que se sostenían sobre patas deformes en un equilibrio imposible de modo que jamás nadie osaría sentarse en ellas, lámparas engarzadas con cristales de Swarovski que semejaban árboles que desparramaban sus metálicas ramas por el techo. No. Ya nada lo emocionaba realmente. Nada.

El ático fue ideado hasta el más mínimo detalle por el mejor decorador de Londres, un joven con talento que exigía a sus clientes rellenar un test de personalidad que un gabinete de psicólogos analizaba punto por punto antes de que él se dignase a trabajar en el proyecto de una casa. Después de leer el informe, el

decorador concluyó que Richard era un hombre culto, exquisito y solitario que precisaba de un ambiente íntimo a la par que dinámico, diáfano y confortable en el que no podían faltar significativos toques de la indudable esencia masculina que desprendía por cada uno de sus poros. Aquello dio como resultado un *loft* moderno, de grandes espacios abiertos, en el que se podía respirar cierto aire bucólico que traía a la memoria la elegancia de decimonónicas mansiones europeas. El mismo piano de cola era una pieza única, un instrumento de finales del XIX de madera de roble y teclas de marfil, con patas torneadas, fabricado por Clementi Collard & Collard, del que Richard se negó a desprenderse pese al escandaloso grito que el decorador lanzó al verlo, asegurando que aquel trasto no concordaba en absoluto con la imagen moderna del apartamento. Pese a todo, el piano se colocó en el centro de su dormitorio. El cliente no estaba dispuesto a negociar ese detalle.

A Richard le hubiera gustado detener el tiempo justo en ese momento en el que la luz mortecina del amanecer se colaba por el ventanal. Cada minuto que pasaba le devolvía el recuerdo de la sucesión de errores que había cometido a lo largo de su vida y que se empeñaban en emponzoñar cada uno de sus días, y los días de las personas que lo rodeaban, como si de un efecto dominó se tratase. Una ficha iba empujando a la siguiente haciéndola caer y así sucesivamente, en un laberinto de infortunios sin fin. Una maldición en toda regla, pensaba Richard. Pero aquel cruel juego pronto concluiría, pensaba también. Él se iba a encargar de arrebatar la siguiente ficha para poner fin a la cíclica desgracia. La decisión estaba tomada desde hacía tiempo, y eso lo aliviaba. Nunca le gustó dejar que el destino se ocupase de los asuntos trascendentales. Él quería llevar las riendas de su vida. Respiró profundamente, dejando que su mirada flotase sobre el Londres que comenzaba a desperezarse. Fue entonces cuando su asistente, el señor Montgomery, golpeó la puerta con los nudillos, en un principio de forma tímida, después con más firmeza.

—Disculpe, señor —carraspeó—. ¿Señor Chanfray?

Embargado por el sonido de las últimas notas musicales que aún flotaban en el aire, Richard salió de su ensoñación. Miró la hora. El reloj marcaba las 6.14 de la mañana.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido.

—Lamento molestarlo, señor. Solicitan verlo con urgencia.

Estaba perplejo. ¿Quién podía tener la desfachatez de presentarse a esas horas?

—Ahora no voy a atender a nadie. Que soliciten cita —dijo intentando controlar el malestar que le provocaba esa intromisión a deshoras.

—No creo que puedan esperar, señor.

Chasqueó la lengua y movió la cabeza a uno y otro lado en un gesto de fastidio. Aún no estaba vestido. Apoyó las manos sobre las rodillas y se incorporó para envolverse en su albornoz. Cuando abrió la puerta del dormitorio, tenía cara de pocos amigos.

—¿Cómo que no pueden esperar? ¿Quién no puede esperar?

—Son dos agentes de Scotland Yard. Dicen que es urgente, que tienen que hablar con usted.

A Richard se le encogió el corazón. Su asistente, uno de los hombres más elegantes que conocía, que hubiera podido pasar por un marqués ante el mismísimo profesor Higgins, estaba frente a él cubierto únicamente con un batín de seda con brocados dorados. Tenía los párpados hinchados. El señor Montgomery presumía de descender directamente de una de las familias más exclusivas de Londres y aseguraba que su destino de mayordomo nada tenía que ver con haber caído en desgracia, sino que, desde niño, siempre tuvo vocación de hacer la vida más fácil a hombres ilustres. Por eso se permitía mirar con compasión, y no sin cierto dejo de desprecio, a todas aquellas criaturas desventuradas que trabajaban al servicio de una familia por razones económicas. Al señor Montgomery no se le conocían relaciones amorosas, ni hijos, ni padres, ni hermanos y sostenía, sin que ni un solo músculo de la cara ratificase tal afirmación, que se sentía orgulloso de asistir a alguien tan culto y refinado como Richard Chanfray. El atuendo que habitualmente lucía el señor Montgomery

eran trajes negros que hacía traer de Milán, complementados con camisas blancas y corbatas oscuras. Era la primera vez que Richard lo veía enfundado en batín. Jamás se había mostrado de esa guisa delante de él. Sin duda lo habían sacado de la cama.

—Hágalos pasar al salón y ofrézcales algo. Un té, o un café... o... o lo que quieran tomar —le indicó Richard sacudiendo la mano con desgana—. Y dígales que ahora bajo. Antes debo vestirme.

Se dirigió al enorme cuarto de baño de pizarra negra y se miró fijamente en el espejo dejando escapar un suspiro agotado. El cabello castaño oscuro caía hasta cerca de sus hombros y le acariciaba los pómulos. Sus ojos negros, insondables, vacíos, le devolvieron esa imagen que tan bien conocía. Rasgos delicados, barba incipiente, piel blanca, suave, firme, tersa... de veinteañero. Sin embargo, él sentía que tras aquel embaucador semblante se escondía la amargura de un viejo desdentado, el tedio de quien ya lo ha vivido todo y nada le sorprende, de aquel a quien la existencia se le ha ido escapando como agua entre los dedos. Ese cuerpo que lo acogía no era más que una fachada, un edificio sin muebles, sin cortinas, sin habitantes, sin alma. El desencanto le había carcomido las entrañas convirtiéndolo en una criatura solitaria y circunspecta, un mero cascarón vacío. Un cascarón, eso sí, hermoso y radiante como pocos. No era de extrañar que a la gente le sorprendiese su nivel de vida, sobre todo cuando no eran capaces de relacionar semejante fortuna con unos padres millonarios o con un apellido fastuoso. El mes anterior se había celebrado una cena en los salones de la universidad. Una de las profesoras se le acercó con actitud desenvuelta para preguntarle cómo era posible que alguien de su edad contase con un currículum vitae de ese nivel, viviese en uno de los barrios más selectos de Londres, tuviese mayordomo, vistiese con ropa de marca, tocase el piano y el violín, hablase cuatro idiomas y condujese aquel BMW de vértigo. Richard no era capaz de acostumbrarse a ese tipo de licencias que, disimuladas tras una bonita sonrisa y una dulce caída de párpados, buscaban hacerse

pasar por espontaneidad. Mientras le hablaba, la mujer se atusaba el cabello, le brillaban los ojos y hacía círculos con el dedo índice recorriendo el borde de la copa de champán que sostenía en la mano. Reconocía los gestos. El ritual del coqueteo variaba poco con el paso de los años. Sin duda esa mujer estaba flirteando con él.

—No has tenido tiempo físico para conseguir todas esas cosas de forma legítima —rió lujuriosa, dejando caer hacia atrás la melena y mostrando su esbelto cuello—. O eres el hijo único de un traficante de armas, algo que es posible, ya que se sabe poco de ti, o le has vendido tu alma al diablo —señaló en tono burlón.

Richard no respondió. Sonrió con cortesía y derivó la conversación al socorrido tema del espantoso clima de las últimas semanas. Vivir en Londres facilitaba ese tipo de debates. Cuando consideró que había guardado a la perfección las mínimas reglas de urbanidad que impedirían que la dama se sintiese ofendida, se despidió con un leve movimiento de cabeza, tras lo cual abandonó la fiesta. Pese a todo, ella torció el gesto, estimando que Richard era tan apuesto como desconsiderado.

Suspiró de nuevo antes de lavarse la cara con agua bien fría. Se vistió con unos vaqueros negros y una camiseta de manga larga de algodón gris y se dispuso a bajar las escaleras reparando, como siempre, en el majestuoso retrato que las presidía. Encaramado en un rimbombante marco repujado de madera policromada se veía a un joven distinguido, vestido con camisa blanca, corbatín y chaleco de terciopelo azul marino de cuyo bolsillo colgaba la cadena de un reloj. Tras él, un grueso cortinón estampado de flores y un difuminado fondo marrón sugerían que se trataba de un retrato realizado a la usanza de finales del XIX. De hecho, si alguien se hubiese molestado en reparar en la firma del artista, se habría dado cuenta de que se trataba de una obra del afamado Richard Westall, el pintor que inmortalizó a lord Byron. Pero lo desconcertante era que el porte y el rostro del joven del retrato que desde aquel lienzo lanzaba su mirada de dignidad al mundo, era idéntico a Richard Chanfray, lo cual sugería

que se trataba de algún ilustre antepasado merecedor de semejante homenaje.

En el salón lo aguardaban los dos agentes. Lucían el aspecto desgarrado de las películas de policías, ataviados con arrugadas gabardinas de las que se habían empeñado en no desprenderse a pesar de la insistencia del señor Montgomery que, a esas alturas, estaba ya pulcramente vestido. Lo esperaban sentados en el mismo borde del sofá, con sendas tazas de café en las manos. Cuando oyeron sus pasos, se incorporaron inmediatamente y a la par, como si estuvieran sincronizados, accionados por un resorte. A Richard le hizo gracia pensar que algo así podía suceder. Le trajo a la memoria al autómata bigotón de ceño fruncido y gesto severo que, vestido de otomano y tocado con turbante, jugó al ajedrez con personajes de la talla de Benjamin Franklin o Napoleón Bonaparte a finales del siglo XVIII. Los derrotó a todos con una soltura tan pasmosa que el propio Federico II el Grande aseguró que a quien diese pábulo a la noticia falsa de que había jugado con él y había perdido, le cortarían la lengua por farsante. Más tarde se supo que escondido bajo el exótico ingenio metálico se atrincheraba un hombre de reducidas dimensiones, experto en el noble arte del ajedrez.

Era posible que aquellos dos hombres que en ese momento ocupaban su salón también estuviesen accionados por otros, que no tuviesen voluntad propia. Había muchos humanos sin voluntad propia. Sonrió en su interior al pensar en esa posibilidad.

—Señor Chanfray. Lamentamos tener que molestarlo a estas horas —dijo uno de ellos mientras extendía la mano para presentarse—. Soy el agente Robert Lewin y este es el agente Vincent Davis, de Scotland Yard.

Sin duda el asunto que los llevaba a su hogar a esas horas debía de ser importante. Richard tuvo un *déjà vu*, esa maldita sensación de malestar, premonición de la desgracia. La había sentido en tantas ocasiones anteriores que podía distinguirla perfectamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó mientras aceptaba el apretón de manos, intentando aparentar indiferencia.

—Pues sí... sí. Ha ocurrido un infortunio. ¿Conoce usted al profesor Leonard Green?

—Por supuesto. Es el director de mi tesis doctoral —respondió—. ¿Se encuentra bien?

—No mucho —aclaró el detective Davis—. De hecho, ha muerto.

A Richard se le detuvo el corazón. Hacía más de un año que trabajaban juntos. Tuvo que sentarse para poder asimilar la noticia.

—Leonard... muerto —musitó.

—Así es.

—¿Qué... qué... —no se atrevía a preguntar— qué le ha ocurrido?

—Asesinado —sentenció—. En su despacho de la universidad.

—Muerto... —repitió como sonámbulo, con la cabeza atrapada entre las manos y la vista fija en el suelo.

—Quizá usted pueda ayudarnos a descubrir a su asesino.

Richard pareció salir de su ensimismamiento. Levantó la mirada y los observó con seriedad unos segundos antes de lanzarles la pregunta:

—¿Por qué saben que se trata de un hombre?

—¿Cómo?

—Han dicho «asesino». ¿Cómo saben que no lo ha matado una mujer?

Los dos agentes se miraron el uno al otro sorprendidos. No era una reacción muy típica. Normalmente se tendía a utilizar el sustantivo en masculino cuando se desconocía el sexo del culpable.

—Bueno... para ser sinceros no lo sabemos aún. Por eso necesitamos su ayuda. Usted era uno de sus alumnos predilectos, ¿verdad? Seguramente conozca a las personas que se relacionaban habitualmente con él. Quizá sepa si alguien le tenía inquina, si despertaba envidias, celos profesionales...

Richard Chanfray aún intentaba asimilar la noticia, pero de pronto pareció rehacerse. Se incorporó de golpe.

—¿Cómo lo han asesinado?

—Nosotros somos los que hacemos las preguntas.

La actitud del agente Lewin cambió. Pasó de estar serio a colocarse a la defensiva; parecía molesto con la reacción insolente de aquel joven. Pero Richard no parecía darse por enterado y siguió preguntando.

—¿Lo degollaron?

Los agentes se miraron de nuevo. Ahora estaban seguros de que Richard Chanfray sabía algo.

—Tendrá que acompañarnos a la sede de Scotland Yard, señor.

—¿Estoy detenido?

—No, no. Claro que no —respondió Davis, intentando que su voz sonase despreocupada.

En realidad no tenían pruebas suficientes para poder detenerlo, pretendían convencerlo de que se trataba de un protocolo habitual y así conseguir que los acompañara por voluntad propia.

—Al inspector encargado del caso le gustaría hablar con usted. Podría ayudarnos a encontrar al culpable —continuó diciendo. Lo vieron dudar un instante—. Lo devolveremos de nuevo a su casa en poco tiempo —aseguró.

Richard deslizó su mirada en dirección a la ventana. Una neblina gris envolvía la ciudad. Una nueva pieza del tétrico dominó había caído de nuevo. Si se hubiera dado prisa quizá eso no habría pasado, pero ahora era demasiado tarde y seguramente alguien estaría sufriendo las consecuencias de su torpeza. Llevaba demasiado tiempo acumulando rencor, un dolor que se extendía por el interior de sus entrañas como el moho purulento que invade cada milímetro de la piel de una naranja corrompida. Pese a sus intentos por distraerse, por emocionarse, por pasar el tiempo lo mejor posible hasta lograr solucionarlo todo, el dolor por el pasado seguía mordiéndole el alma. Suspiró.

—Está bien. Les acompañaré. Permítanme que coja algo de abrigo.

De un armario del recibidor, sacó una gruesa cazadora de cuero gastado, se la puso y abrió la puerta. Con un sutil movimiento de mentón, les cedió el paso.

U nas horas antes, Liz levantó la visera de su casco para teclear la clave de seguridad que abría la verja. Ahora vivían en el 42 de Bishops Avenue, en una radiante mansión blanca con tejado verde de estilo neoclásico valorada en más de tres millones de euros. En el jardín se atestaban cientos de variedades de plantas aromáticas que dejaban flotando en el ambiente un aroma denso que secaba la garganta. La propiedad estaba cercada por una reja en la que se enredaban tupidas hiedras que impedían siquiera intuir la silueta del edificio principal, y mucho menos la del glorioso Zeus que, trueno en mano, culminaba el estanque de nenúfares y peces dorados con actitud de pescador de ballenas. La mansión contaba con ocho dormitorios y cinco baños, uno de ellos en el gimnasio, equipado con sauna y jacuzzi. En la bodega del sótano conservaban vinos con más edad que el Parlamento de Londres. Pero el orgullo de la propiedad era una biblioteca que incluía más de quince mil libros escritos en ciento setenta idiomas, seis mil manuscritos, mapas y planos de ciudades que ya no existían, un millón de periódicos de diferentes países y fechas remotas, así como un *Misal de Constanza* del que únicamente quedaban tres ejemplares en el mundo. Pese a lo que vulgarmente se creía, *El Misal de Constanza* fue el primer libro que Gutenberg imprimió utilizando tipos móviles.

La reja se abría lentamente mientras Liz giraba el puño del acelerador de su potente Yamaha V-MAX hypermodified negra y

dorada, haciendo vibrar el pavimento. Un humo escandaloso salía del tubo de escape, mezclándose con la neblina de la madrugada. Cuando tuvo el mínimo hueco para poder entrar, zigzagueó con rapidez y se coló dentro de la propiedad, sin esperar a que la verja se abriese del todo. Siempre había sido una mujer impaciente. Lo que quería, lo quería para ayer.

Aparcó la moto en el garaje, se quitó el casco y soltó la cola de caballo con la que refrenaba su endiablada cabellera roja. Miró el reloj y sonrió satisfecha. Había recorrido los cien kilómetros que separaban Cambridge de Londres en apenas una hora. Le encantaba la velocidad. Era increíble cómo había evolucionado la ingeniería mecánica desde que comenzaran a sustituir a los caballos por unos artefactos que no necesitaban descansar, ante los que no había que humillarse para recoger sus excrementos y que circulaban, como por embrujo, a la vertiginosa velocidad de treinta kilómetros por hora. Hubo un tiempo en el que las damas se anudaban grandes pañuelos a los sombreros y los caballeros se colocaban gafas protectoras en los ojos para viajar con seguridad en aquellos artilugios. Pese a todo, algunos eruditos publicaron informes en los que dejaban claro que las vísceras humanas no estaban preparadas para soportar la luciferina ligereza que alcanzaban los automóviles, y que no sería de extrañar que, más pronto que tarde, cualquier persona explotase dentro de su vehículo.

Liz sonrió al pensarlo mientras subía despacio la escalera de servicio que daba acceso a su habitación. No quería despertar a los demás habitantes de la casa. Abrió la puerta del dormitorio y rápidamente comenzó a desvestirse. Se quitó las botas y se desbrochó la cremallera de la cazadora de cuero. La acercó a la luz para comprobar si estaba manchada de sangre. Nada. Se había colocado en un lugar estratégico para que eso no ocurriese.

Sacó del bolsillo del pantalón el ansiado papel y lo colocó sobre la mesilla de noche antes de terminar de desvestirse y maquillarse. Ya desnuda, a punto de meterse en la cama, se dio cuenta de que tenía hambre. No había comido desde el almuerzo

del día anterior. Se enfundó unos vaqueros, una camisa blanca y se recogió el pelo en un moño. Sin el rímel, sin el carmín, sin el maquillaje con el que las pecas de su nariz quedaban disimuladas, sin la exuberancia de su cabello desbordado, sin el traje de cuero ni los tacones de aguja, perdía gran parte de su impúdica belleza. De esa guisa lucía el aspecto de una encantadora granjera tirolesa.

Antes de salir de su dormitorio, volvió a coger el papelito que había sacado de la caja fuerte del despacho del profesor Leonard Green y se lo metió en el bolsillo del vaquero. Seguía desconcertándola que una cosa de apariencia tan insignificante tuviera el poder de destruir sus vidas. Entonces se acordó de quién era el responsable de haberlos expuesto a ese peligro. Él, precisamente él. Uno de ellos. Sintió una punzada en el corazón. Luchaba cada día por sortear a ese fantasma que se empecinaba en regresar una y otra vez a su cabeza, amenazando con instalarse allí para siempre. Era evidente que su lucha por olvidarlo se lo recordaba cada día. Él la había hecho sentirse frágil, vulnerable. La fiereza con la que se dirigía por la vida, la que había tenido que aprender para poder defenderse de los ataques, se diluía como un terrón de azúcar en el té cuando él estaba cerca. Hacía ya mucho tiempo que se hizo consciente de que él era la única persona en este mundo que podía hacerle daño; no en el cuerpo, sino en el alma. El daño del alma era el peor de todos. Y sin duda él le había hecho daño. Mucho daño.

Apretó los puños con rabia. Las uñas se clavaron en las palmas de sus manos, dibujando en ellas semicírculos morados.

—Has hecho enfadar a la persona equivocada, Saint Germain —murmuró mientras bajaba la escalera en dirección a la cocina.